

DOMINGO XXVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

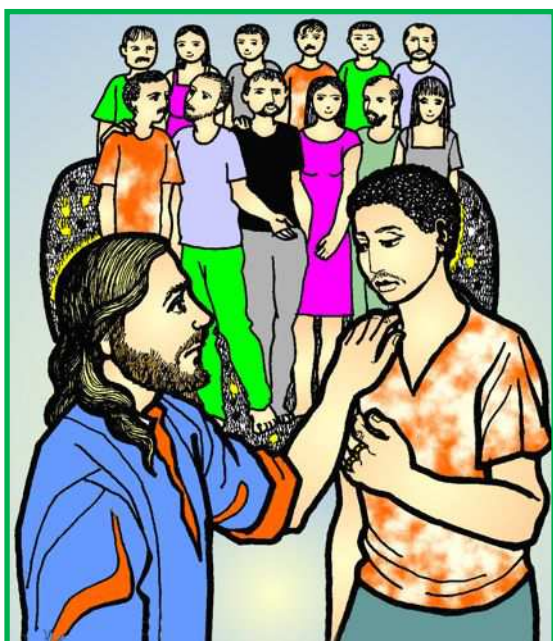
1ª lectura (Sabiduría 7, 7-11): *Supliqué, y se me concedió la prudencia.*

Salmo (89, 12-13.14-15.16-17): *«Sácanos de tu misericordia, Señor»*

2ª lectura (Hebreos 4, 12-13): *Todo está patente y descubierto.*

Evangelio (Marcos 10, 17-27): *Dios lo puede todo.*

Nos hemos acostumbrado a criticar a las instituciones por haber sido infieles a sus objetivos y a sus destinatarios y por desviarse de la razón de su existencia, que es el servicio a las personas y a la sociedad. La desconfianza, justificada por las malas prácticas, nos lleva a generalizar la sospecha y a creer que muchas actuaciones de personas o instituciones estaban motivadas exclusivamente por intereses lucrativos, por motivos ilegítimos o por ansias de poder. En ocasiones ha sido así, pero no podemos juzgar a todos por las prácticas de algunos.



La desconfianza social es una patología que dificulta cualquier intento de consolidar la sociedad civil. No podemos prescindir de la estructura social que tanto cuesta generar. El presente y el futuro de una sociedad y de cualquier grupo humano se apoya, en la confianza y en el buen hacer de quienes lo forman. Es evidente que hay que acabar con las malas prácticas y corregir a quienes buscan exclusivamente intereses parciales. Es necesario orientar las instituciones a sus legítimos objetivos y al servicio del bien común.

Tenemos que apostar por una sociedad sostenible, eficaz y eficiente, que articule el respeto a las personas y sus convicciones, a las dinámicas comunitarias y participativas. Confianza, independencia, respeto, buenas prácticas y trabajo por el bien común son sinónimos de crecimiento sostenible.

Es la ecología social de la que nos habla el papa Francisco: «La salud de las instituciones de una sociedad tiene consecuencias en el ambiente y en la calidad de la vida humana: “cualquier menoscabo de la solidaridad y del civismo produce daños ambientales”. En ese sentido, la ecología social es necesariamente institucional, y alcanza progresivamente las distintas dimensiones que van desde el grupo social primario, la familia, pasando por la comunidad local y la nación, hasta la vida internacional. Dentro de cada uno de los niveles sociales y entre ellos, se desarrollan las instituciones que regulan las relaciones humanas. Todo lo que las dañe entraña efectos nocivos, como la pérdida de la libertad, la injusticia y la violencia» (Laudato si, 142).

Todos y cada uno somos responsables en este proceso de creación y recreación social, todos somos protagonista y todos somos necesarios. No podemos dejar en manos de algunos lo que es nuestra responsabilidad: edificar una sociedad justa, democrática y sostenible.

Muy pronto, tuvo Jesús un grupo que seguía sus pasos, escuchaban sus palabras y era testigo de sus acciones. Hombres y mujeres muy distintos y con motivaciones muy diversas, se aproximaban y se sentían cautivados por Él. El evangelio nos presenta infinidad de situaciones que así lo reflejan: enfermos en busca de salud, pecadores que necesitan sentir el perdón, personas que buscaban orientación y grupos que esperaban un mensaje positivo para la vida. Todos descubrían en Él aquello que anhelaban. No es extraño que su fama se extendiese por las aldeas y que muchos le buscaran y quisieran seguir sus pasos.

Seguir los pasos de Jesús supone una nueva forma de vivir, determinada por la experiencia de encuentro con el Señor. Cuando Él está en el centro de nuestra existencia todo es diferente. Es la experiencia del discipulado: seguidores de Jesús, apóstoles de su Palabra, testigos de su amor y miembros de su familia, la Iglesia. Con Jesús todo es nuevo, todo queda transformado: nuestra vida, nuestros valores, nuestras costumbres. Es un nuevo punto de apoyo que mueve y determina nuestra existencia.

Su mensaje es claro: lo más importante es no anteponer nada a la voluntad de Dios. El plan de Dios no va contra nosotros, sino a favor de cada persona y de su felicidad auténtica y plena. Él, lejos de prohibir, traza una propuesta de vida en la que el amor es lo primero y donde se nos invita al reconocimiento del otro como un hermano que forma parte de nuestra vida. No se trata de un simple acto de voluntad, sino de un encuentro profundo, una auténtica experiencia de fe por la que quedamos cautivados.

Quienes se encuentran con el Señor y siguen sus pasos forman la Iglesia. Es el lugar de encuentro y celebración, el espacio de formación y descanso, es momento de recuperar fuerzas para continuar tras los pasos del Maestro, es presencia de Dios, encuentro con los hermanos y aliento misionero. No estamos solos, somos muchos quienes queremos vivir el Evangelio hoy.

Aunque a veces, nos cueste, nos resulte difícil o cometamos errores, Dios nos da su Palabra y su fuerza que es viva y eficaz, Él transforma nuestra vida y confía en nuestra respuesta valiente y decidida. Él nos ayuda a seguir los pasos de Jesús, a ponerle en el centro de nuestra vida y a edificar una comunidad de discípulos que anuncian y viven la fe.